

La luz de la luna es más suave en Kentucky
Los días estivales abundan más en Kentucky
 La amistad es más fuerte
 La luz del amor, más duradera
Pero lo malo es siempre mucho peor en Kentucky

JAMES HILARY MULLIGAN

Capítulo uno

El anciano recorría la colina con un garrote, apartando el podofilo y la hierba carnífera, en busca de ginseng. Crecía casi a ras del suelo, oculto por la maleza. El año anterior había encontrado varias plantas por aquella zona, un hábitat ideal debido a las pendientes orientadas al este, resguardadas del duro sol de la tarde. Los vestigios de un olmo podrido en las inmediaciones constituían otra buena señal. Se detuvo para recuperar el aliento. Tenía ochenta y un años, era el hombre más viejo de la comunidad; el único anciano, que él supiera.

La tierra estaba húmeda de rocío y de las ramas más altas pendían zarcillos de niebla. El ascenso y descenso de las aves matutinas llenaba el aire. En aquella zona abundaban las frondosas, árboles que le gustaban por su tamaño y su botín de frutos secos. Talados y seccionados, bastaban dos de aquellos árboles para mantener a una familia caliente todo el invierno.

Remontó la pendiente desde el fondo de una estrecha hondonada cubierta de helechos. Amarrado al cinturón, llevaba un morral lleno de plantas de ginseng con las raíces bifurcadas. De la más grande brotaban tres puntas, cada una le reportaría una buena suma. Había encontrado otras más pequeñas, pero las había dejado intactas en la tierra. Aún les faltaban uno o dos años

de crecimiento, a no ser que algún rival diese antes con ellas. Tenía una pistola, una 38 de cañón corto. La precisión disminuía drásticamente a partir de cierta distancia, pero hacía un ruido infernal y la lucía siempre bien a la vista en el cinturón. Por lo general, su mera presencia bastaba para ahuyentar a cualquier miserable recolector furtivo.

Ascendió una cresta angosta, apartó una mata de hierba carnífera y se topó con un racimo de brillantes bayas rojas. Sintió una breve sacudida, la jubilosa sensación del descubrimiento que había experimentado por primera vez de niño, cuando salía a buscar ginseng con sus hermanos. Se agachó y cavó con cuidado para proteger la delicada raíz en caso de que fuese demasiado pequeña para la recolecta, como en efecto resultó ser. Decepcionado, memorizó la ubicación exacta para el año siguiente y registró los puntos de referencia: un roble centenario y un despeñadero revestido de un musgo aterciopelado, verde y rojo oxidado. Entonces algo captó su atención, un color o una forma que no debería estar ahí. Se quedó inmóvil y olfateó el aire. No percibió movimiento, así que descartó que se tratara de una serpiente. Podía haber sido un destello de luz sobre un viejo casquillo o una lata de cerveza. Cualquiera de las dos opciones —mal asunto— significaría que alguien más había estado merodeando por aquella remota hondonada.

Por curiosidad y sin miedo, se adentró en el bosque ligeramente encorvado, barriendo con la mirada de un lado a otro, como si buscara el rastro de una presa. El terreno parecía intacto. Se irguió para estirar la espalda y vio a una mujer tendida de forma desgarbada, con el cuerpo apoyado en un árbol, la cabeza colgando hacia abajo y el rostro volteado. Llevaba un vestido elegante. Se le habían quedado las piernas al aire y le faltaba un

zapato. La ausencia de bragas le hizo dudar de una caída accidental. Se acercó y por las facciones pudo establecer su apellido.

Volvió junto a la planta de ginseng y se arrodilló en la marga. Perforó la tierra con su viejo cuchillo militar y removió la hoja hasta que pudo extraer la joven planta. El ginseng no se trasplantaba bien, pero mejor eso a dejarlo allí y que lo pisoteara toda la gente que se presentaría para retirar el cadáver. Era un bonito lugar para morir.

Capítulo dos

Mick Hardin se despertó por partes, consciente de cada sección del cuerpo por separado, como si lo hubieran desmontado y desechado. Yacía sobre un brazo que se le había quedado entumecido y hormigueante por las horas de presión contra el suelo. Movi6 las piernas para asegurarse de que seguían funcionándole y luego dejó vagar la mente. Unos cuantos pájaros habían irrumpido con su coro en el resplandor del amanecer. Al menos no lo había despertado una pesadilla. Solo pájaros sin otra cosa que hacer aún.

Más tarde volvió a despertarse con una acuciante sensación de sed. El sol se había alzado lo bastante como para disipar la línea de la arboleda y lastimarle los ojos. El esfuerzo para darse la vuelta requería una energía que lo eludía. Estaba fuera, había dormido en el bosque, con un poco de suerte no muy lejos de la cabaña de su abuelo. Se obligó a sentarse y gimió ante el intenso dolor que sintió en el cráneo. Notaba la cara tensa, como si se la hubiesen estirado sobre un bastidor. A su lado, tres piedras formaban una pequeña fogata junto a dos botellas vacías de bourbon. Mejor el bosque que la ciudad, se dijo. Mejor los montes que el desierto. Mejor la tierra arcillosa que la arena.

Caminó despacio hacia el aljibe que había en la esquina de la vieja cabaña de troncos partidos y barrió la capa de insectos

muestras que cubría la superficie del agua. Ahuecando las manos, bebió del aljibe y el líquido frío le anestesió la boca. Había leído algo a propósito de un científico que hablaba con el agua, luego la congelaba y examinaba los cristales; por lo visto cambiaban según lo que hubiese dicho. Las palabras amables pronunciadas en un tono suave generaban cristales más bonitos. La idea sonaba descabellada, pero quizá fuese verdad. Los humanos eran agua en un sesenta por ciento y Mick pensó que probarlo no le haría ningún daño. En cualquier caso, nada podía ser peor que aquel dolor de cabeza. Sumergió la cabeza en el agua y habló.

Cuando necesitó respirar, la sacó para tomar aire, luego volvió a sumergirla y continuó hablando. Había pasado la noche contándose historias horribles sobre su pasado, su presente y su futuro, un sistema circular que no había hecho sino confirmar la lamentable conciencia que tenía de sí mismo, algo de lo que solo podía evadirse recurriendo al alcohol, lo que daba pábulo a nuevas elucubraciones. Ahora se esforzaba por encontrar cosas nobles que decir sobre sí mismo. Al hablar, las burbujas ascendían a la superficie y percibía un sabor a tierra.

La tercera vez que emergió para tomar aire, Mick vio un vehículo por el rabillo del ojo y supuso que serían imaginaciones suyas. Se enjugó el agua de los párpados. El coche grande seguía allí y, lo que era peor, parecía haber un ser humano acercándose a la cabaña. Pero lo peor de todo era que se trataba de su hermana, con el uniforme oficial de sheriff. Y, para colmo, se estaba riendo.

—¿Qué quieres? —dijo Mick.

—Oh —dijo Linda—, solo venía a revisar tu higiene, en general. Por lo que se ve, te bañas con regularidad. Un baño de bichos, como lo llamaba el abuelo. ¿Cómo estás?

—Como si me hubiese pasado una apisonadora por encima.

—Al menos tienes la cabeza fresca.

Mick asintió y el movimiento le provocó punzadas de dolor por todo el cuerpo. La cabeza era como la parte superior de un tambor tensado tornillo a tornillo hasta tal punto que la menor presión podía desgarrarle la piel. Se había excedido, desde luego.

—Café —dijo—. ¿Te apetece?

Entró en la casa con el agua chorreándole por el torso y la camisa de trabajo azul claro de cambray. Rellenó con posos una cafetera ennegrecida, la colocó sobre un hornillo de cámping (una bombona de propano con aletas estabilizadoras) y prendió la llama. Linda comprobó si había bichos en la jarra de estaño.

—¿De dónde ha salido esta agua? —preguntó.

—Del pozo del abuelo.

—¿Cuánto tiempo piensas seguir viviendo aquí?

—Voy a cambiarme.

Linda asintió, un único movimiento brusco que utilizaba con casi todos los hombres. Cada cual tenía sus costumbres, sus rutinas. Las de Mick eran peculiares, producto de haber vivido con su abuelo en aquella cabaña cuando era pequeño, y de catorce años en el ejército. Había sido paracaidista y luego se había unido a la División de Investigación Criminal y se había especializado en homicidios.

Linda se paseó lánguidamente por la estancia principal como si el propio espacio volviera el tiempo obsoleto y ralentizara sus movimientos. Una estantería hecha a mano y atornillada a la pared alojaba los tesoros de la infancia de Mick: un trilobite, una pluma rayada de cárabo, una rana toro momificada que se había encontrado en una cueva no muy profunda. Una piedra con tres franjas horizontales que semejava una hamburguesa cortada por

la mitad. Cuando Linda era pequeña, el abuelo a veces la arropaba con mantas y fingía que iba a darle un bocado: «Una ración de luz de luna», decía. Linda sonrió al recordarlo.

Salió de la cabaña y avanzó por un sendero hasta llegar a la pasarela de madera que cruzaba el arroyo y conducía al siguiente cerro. En algún momento de su infancia, Mick y ella levantaron estructuras muy elaboradas con palos y hojas junto a la corriente, imaginándose que se trataba de una ciudad ribereña con un molino, familias ricas, calles anchas, un hotel y un cine. Luego fueron a sentarse al puente y lo destruyeron todo a pedradas desde arriba, entusiasmándose cada vez que acertaban de lleno. Aquel juego figuraba entre sus más preciados recuerdos, pero, ahora, al volver a sentarse allí, Linda se dio cuenta de que ya entonces había marcado una clara diferencia entre ellos. A ella le gustó crear la ciudad, a Mick destruirla.

Mick llegó con el café y se sentó a su lado al borde del puente, con las piernas colgando. Como de costumbre, esperó a que su hermana hablara, sabiendo que no tardaría en hacerlo.

—De niños, parecía que el arroyo estaba mucho más lejos —dijo Linda.

—Puede que añadiésemos medio metro a su cauce, con todas las piedras que tiramos.

—Justo estaba pensando en eso.

—Lo sé.

—¿Así que eres capaz de leerme la mente? —dijo ella.

—Sentarse aquí y recordar es lo único que se puede hacer.

—¿Tanto te gusta el pasado?

—Últimamente no creas —dijo él.

—¿Qué es esto? ¿Una movida del TEPT?*

—Ahora mismo un resacón del carajo.

—¿Crees que tienes TEPT? —dijo ella.

—Es probable. Papá lo tuvo. Y el abuelo también. —Sopló en su taza y le dio un sorbo—. No te preocupes, no presento ningún síntoma de TEPT.

—¿Cómo cuál?

—Como la negación, por ejemplo.

Lo miró de reojo, tratando de mostrarse circunspecta pero sabiendo que a él no se le escapaba nada, ni una puñetera cosa, incluso con resaca. Su extraordinario estado de alerta le hacía la vida difícil a todo el mundo, sobre todo a sí mismo. Decidió no sacar el tema de su mujer embarazada.

—¿Estás pensando en Peggy? —dijo él.

—¿Cómo demonios lo sabes?

—Es lo más lógico, ¿no? Pero no has venido por eso, ¿verdad?

—No, la verdad es que no. Pero ya que eres tan bueno adivinando cosas, a ver si lo aciertas.

—Muy fácil, hermanita. Te presentas de uniforme en el vehículo del condado y luego te pones a remolonear. Algo quieres.

—Hay que joderse.

Mick asintió, divertido. Adoraba a su hermana, sobre todo su lenguaje soez. Había sido la primera chica del condado en jugar en la liga infantil de béisbol y la primera ayudante de sheriff de sexo femenino. Ahora era la sheriff.

—Tengo un cadáver —dijo.

—Pues entiérralo.

—Me quieren fuera.

* Trastorno de estrés postraumático. (*Todas las notas son del traductor.*)

—¿Quién te quiere fuera de qué?

—Los gerifaltes del pueblo —dijo—. El alcalde quiere que se ocupe la policía de Rocksalt para ponerse la medalla cuando lleguen las elecciones. El juez del condado ha dicho que en cincuenta años no ha habido nadie de nuestra familia que le haya dado buen fario. Prefiere que la investigación corra a cuenta de la policía estatal. La soplapollez de la jurisdicción. Me cabrea. El verdadero motivo es que se les atraganta que el sheriff sea una mujer.

—¿Y qué? No tienen ninguna autoridad sobre ti.

—No, pero le rinden cuentas a Murvil Knox, un empresario del carbón de altos vuelos. Escurridizo como un trozo de sandía. Cada vez que hay elecciones financia a los dos bandos, así siempre le deben algo, no importa quién gane. Esta mañana, a primera hora tuve una reunión con ellos. Fue un horror. Parecían tres gallitos encopetados. Da asco ver cómo se comportan los hombres cuando se juntan.

—Que les den por culo.

Contemplaron el arroyo. Una brisa agitó las hojas del álamo, grandes como manos girando las palmas al viento.

—Aquí nunca ha habido un asesinato así —dijo Linda.

—¿Así cómo, hermanita?

—Siempre que ha aparecido un cadáver en el condado de Eldridge la mayoría de la gente sabía quién era el autor. Por lo general, un vecino, un clan o las drogas. Lo mismo dos borrachos que discutían por un perro. Esto es diferente. Todo el mundo la quería. Vivía honestamente, no tenía enemigos y no se mezclaba con mala gente.

—Todo apunta a que ha sido un hombre.

—Estoy de acuerdo. Tú eres investigador de homicidios. Conoces los cerros mejor que yo. La gente hablará contigo.

—¿Me estás pidiendo ayuda?

—Y una mierda —dijo ella.

Él asintió, sonriendo.

—¿Qué tienes? —le preguntó.

—Una viuda de cuarenta y tres años. En Choctaw Ridge. Cerca del cortafuegos, más allá de Clack Mountain. Veronica Johnson, más conocida como Nonnie. De soltera Turner. Su marido murió. Nonnie y su hijo se mudaron con su cuñada, que también se casó con un Johnson que no llegó a viejo.

—Ve a hablar con ellos. Averigua qué sabe el hijo.

—Ya lo hice. Está destrozado. Alguien se llevó a su madre al bosque y la tiró desde un cerro como si fuese basura.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace tres días —dijo ella.

—Ayer llovió y no paró hasta pasada la medianoche. No hay nada que ver en la escena. La lluvia habrá borrado todas las huellas. Por eso salí anoche de la cabaña.

—¿Te gusta beber bourbon y dormir bajo la lluvia?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque en Irak, Afganistán y Siria no pude hacerlo. No había bourbon. Ni lluvia.

Linda se dirigió a su coche y regresó con un sobre manila sellado con la insignia oficial del condado. Mick asintió, una costumbre que ella reconoció de su abuelo. Cuando el abuelo y Mick se juntaban en la misma habitación, asentían más que esos perritos de cabeza bamboleante que la gente ponía en las ventanillas traseras de los coches. Odiaba verse atrapada en un semáforo detrás de uno.

Linda le entregó el sobre.

—Fotos de la escena del crimen —dijo.

—¿Quién encontró el cadáver?

—El señor Tucker. Lo conoces.

—¿El conserje del colegio? Creía que había muerto.

—Poco le falta. Su esposa está enferma. Cuidar de ella es lo que le mantiene vivo.

Mick estudió las fotografías una a una, sin prisas. Al acabar, apartó las del cadáver y recopiló las del camino de tierra. Las desplegó sobre el suelo del puente cubierto de musgo y comenzó a moverlas como si buscara una secuencia. A Linda le gustaba esa faceta suya, la concentración que era capaz de desplegar, la intensidad de su atención. La había visto en jugadores de billar, en cazadores con arco y en programadores informáticos.

—¿Qué puedes decirme? —preguntó.

Cuando Mick habló, su voz había adquirido un tono diferente, más pausado y distanciado, como si hablara a través de un cristal.

—Hay siete juegos distintos de huellas. El primer coche era el del asesino, los otros pasaron por encima. ¿Quién estuvo allí arriba?

—Yo. Un ayudante del sheriff. Una ambulancia. El forense del condado. Uno del departamento de pesca y vida salvaje. Y un vecino que se acercó a ver qué era todo aquel alboroto.

—¿Quién?

—Cabronazo Barney.

—¿Hablaste con él?

—No, llevo toda la semana en el juzgado. Un movidón que no veas. Un par de drogatas que tenían a su abuelita viviendo en un cobertizo mientras utilizaban su casa para cocinar meta. Todavía no he tenido tiempo de localizar a Cabronazo Barney. Se supone que vive con su madre. La llamé y no me lo cogió.

—Iré a verla.

—Te lo agradezco —dijo ella.

—No lo hago por ti.

—¿Entonces por quién? ¿Por Nonnie?

—No, por el tío que la mató.

—No lo entiendo —dijo ella.

—Ya sabes lo que hará la familia de Nonnie. Alguno de esos muchachos le pegará un tiro al asesino y acabará entre rejas.

—¿Vas a intentar que no metan a un desconocido en la cárcel?

Nick bajó la mirada hacia el lecho del arroyo que se extendía a sus pies y observó a un saltamontes longicornio que estaba mordisqueando una brizna de hierba. Su voz volvió a adquirir un tono distante, como el de una campana de iglesia resonando a lo largo de un extenso valle.

—No quiero que maten a nadie más —dijo—. Ya he tenido más que suficiente en el extranjero. Si puedo impedirlo, lo haré.

Aunque conocía bien a su hermano, Linda no tenía ni idea de lo que había vivido en el desierto. Como los demás hombres de su familia, nunca hablaba de sus experiencias en la guerra.

Mick se levantó y le tendió una mano. Ella la ignoró y regresaron a la cabaña. Una enredadera de Virginia cubría toda la pared occidental con unas ramas del grosor del cañón de una pistola.

—Eso no puede ser bueno para la madera —dijo ella.

—Es peor en la parte de atrás.

—Hazme un favor. Por una vez, lleva el móvil encima. Te he llamado cuatro veces.

Mick asintió. Linda lo observó subir los toscos escalones del porche, reprimiendo el impulso de preguntarle por su matrimonio. No tenía sentido contrariarlo después de que hubiese accedido a ayudar.